

SUIZA

La segunda cara del país

Para quienes conocen superficialmente el país, Suiza es la tierra de los relojes de cucú, el chocolate y los quesos; sin embargo, es además la patria de Rousseau y Pestalozzi, el país fundador de la Cruz Roja, el país que ha acogido a lo largo de su historia a miles de refugiados políticos y religiosos, que alberga en Ginebra a las organizaciones internacionales más importantes del sistema de las Naciones Unidas y que no ha participado en ninguna guerra desde hace más de trescientos años, pero es también el país que hoy día se plantea crudamente la posible expulsión de medio millón de extranjeros, en donde un trabajador español puede tener la seguridad matemática de que uno de cada cuatro suizos (incluso uno de cada tres en algunas regiones) con los que se cruza en la calle está deseando que vuelva a su tierra de origen, y el país europeo que, siendo el de nivel de vida más alto, ocupa uno de los puestos más bajos por la cuantía de la ayuda oficial a los países en desarrollo.

Esa sorprendente combinación de desprendimiento y egoísmo se está poniendo claramente de manifiesto en la crisis económica que hoy atraviesa el mundo occidental. Verdad es que el pueblo suizo ha rechazado claramente la disminución radical de la población extranjera, pero hay que preguntarse si en ese rechazo no han intervenido móviles profundamente egoístas. Uno de los argumentos en contra que más influyó en el elector fue la amenaza de que, siendo los gastos de la colectividad aproximadamente los mismos tras la partida de medio millón de extranjeros, la falta de los impuestos pagados por ellos provocaría un aumento inmediato de las tasas impositivas.

Al volver los trabajadores a sus países de origen en las recientes vacaciones navideñas (vacaciones forzadas, porque el estatuto de trabajador temporero impone la salida de Suiza para poder regresar con un nuevo contrato), alrededor de 40.000 han marchado sin el contrato de vuelta en el bolsillo, y todo permite prever que habrán de quedarse en sus respectivos países, España e Italia en particular.

La protección del asalariado suizo por parte de las autoridades del país es tan eficaz y notoria que no deja de causar envidia a los trabajadores extranjeros, que muchas veces no encuentran en sus propias autoridades el eco que desearían.

Dos casos ilustran ese modo de actuar. La casa Zenith procedió en el pasado mes de noviembre al despido por razones económicas de 106 obreros, entre los cuales 35 eran de nacionalidad suiza. En el momento actual, siete suizos no han encontrado todavía un nuevo trabajo, y por ello el servicio federal responsable se ha dirigido a las autoridades municipales de Locle (población en donde se encuentra establecida la empresa Zenith) pidiéndoles que busquen rápidamente empleo a los siete parados suizos. Al propio tiempo, se les advierte que si en el mes de enero, no les encuentran ocupación en otra empresa de la ciudad, deberán dirigirse a la dirección general de Zenith para que los reintegre en su plantilla, eliminando, en caso necesario, a otros tantos trabajadores extranjeros de los que hoy trabajan en Zenith. La norma aplicada es muy simple: no puede haber parados suizos mientras haya obreros extranjeros sustituibles.

Otro caso: en fecha reciente, los directores de hospitales del cantón de Vaud han recibido una carta del Departamento del Interior y de la Salud Pública en la que se les comunica que en la actualidad hay en las Facultades de Medicina numerosos alumnos de nacionalidad suiza, y ante esa situación se les señala: "La primera medida que nos parece indispensable consiste en renunciar a contratar médicos extranjeros para puestos de asistente siempre que pueda disponerse de un médico suizo". Además, cada vez que haya un cargo libre, los directores de hospital deberán plantearse las siguientes preguntas: "¿No puede quedar vacante el puesto hasta que esté disponible un médico suizo? En caso negativo, ¿por qué razón?".

Como se explicaba con claridad meridiana en estas mismas páginas (1), esas formas de actuación encajan perfectamente en la lógica del sistema económico occidental. Pero dentro de esa misma lógica debe formularse la siguiente pregunta: ¿Utilizan las autoridades españolas con suficiente eficacia las bazas de que disponen, aprovechando al máximo el hecho de que Suiza sea el segundo país del mundo por la importancia de sus inversiones en España? ■ M. SERVETIO.

(1) Véase «Operación retorno», de Javier Lacarra, TRIUNFO, 21 de diciembre de 1974.

EL WILLY BRANDT AUSTRALIANO

Gough Whitlam, en Australia, representa el laborismo, es decir, la izquierda. El primer ministro llegó al poder en diciembre de 1962, en un país que había vivido durante veintitrés años bajo un régimen de orden moral impuesto por los conservadores. La política exterior del país se caracterizaba por su aceptación incondicional de los dictados de Washington. Los servicios secretos australianos funcionaban como un anexo de la CIA. Los centros de escucha y los organismos australianos especializados en la colecta de informaciones militares, económicas y políticas cubren todo el océano Índico, la China, el Sudeste asiático y el Pacífico Sur. Desempeñaron un papel de



Gough Whitlam, laborista: liberar a Australia de la tutela norteamericana.

primer orden en la guerra del Vietnam. Todas las informaciones recogidas eran transmitidas inmediatamente a la central americana de Fort Meade (Maryland), que depende del Pentágono. Un periódico de Canberra precisó que Australia era una pieza maestra del "sistema de información, escucha y vigilancia más moderno y vasto" que haya conocido la Historia.

No es, pues, sorprendente que la CIA intentase defender tan precioso baluarte. Así se creó un servicio para uso interior: La Organización australiana de Información y Seguridad (ASIO), encargada de vigilar de cerca a todos los contestatarios australianos, reales o supuestos; después se trató de impedir la llegada al poder del laborista Whitlam, financiando generosamente la campaña de algunos de sus adversarios.

El nuevo primer ministro puso fin a las prácticas más escandalosas (algunos servicios secretos australianos hacían llegar igualmente a su tutor americano los informes cruzados entre el Gobierno de Canberra y sus propias Embajadas). Sin embargo, según ciertos testimonios, Whitlam todavía no ha podido hacerse con el control de todo ese complejo entramado de redes americanas y australianas. Estas últimas sirvieron de puente a la CIA en Chile después de la elección de Allende, al igual que ahora se utilizan para las operaciones norteamericanas en Thailandia, Vietnam y Camboya.

Pero la tarea a la que ha de hacer frente Whitlam no se detiene ahí. La dependencia económica ha alcanzado también proporciones exorbitantes: El 62 por 100 de las actividades mineras, el 35 por 100 del total de las empresas están bajo el control del capital americano, británico y japonés. Whitlam, al que ya llaman el "Willy Brandt australiano" ha llegado con un programa simple y ambicioso: "Rescatar a Australia", sacudirse la tutela americana. La reacción es inmediata: Fuga de capitales. En 1972, la balanza de pagos era favorable en diecinueve mil millones de dólares australianos; en 1973, el déficit fue de 720 millones. ¿Inicio de estrangulamiento económico?

Whitlam se ve obligado a ceder. Australia necesita capital extranjero para explotar sus riquezas mineras. Pero el laborismo no desea que su país vuelva a depender excesivamente de sus "hermanos mayores": USA y Gran Bretaña. De ahí sus viajes a Bruselas y París, a los que han seguido sendas visitas a Yugoslavia y la Unión Soviética. Francia ha descubierto que el Pacífico Sur puede ser algo más que un campo de experiencias nucleares. Desde hace algún tiempo los capitales franceses, activos en Tokio, piensan en la posibilidad de establecerse en Canberra. Whitlam está interesado en las posibilidades de vender a Francia uranio natural. ¿Y por qué no, también uranio enriquecido? El ministro australiano de la energía, Rex Connor, llevaba en la cartera, en su viaje a París, un proyecto en torno a la construcción de una planta de enriquecimiento de uranio. Una planta que se construiría en Australia utilizando la técnica francesa. Este proyecto contribuiría a la autonomía de la industria nuclear europea y fortalecería la independencia económica australiana. Dos razones para hacerle sospechoso a ojos de los norteamericanos. ■ PHILIPPE PONS.